

## **James Matthew Barrie. Un tejedor de fantasías**

MARIA LUZ MORALES

Acaecida en medio de este mundial estrépito de todos los diablos —arengas bélicas, choque de armas, estallido de obuses, gritos, ayes, maldiciones, rumores políticos, murmuraciones de Cancillerías, comadros de Comités, Subcomités...—, la muerte de un escocés tejedor de fantasías ha hecho escaso ruido. Hasta aquí, donde la obra de Barrie era sólo fragmentariamente conocida y nada popular, no ha llegado si no la consabida y fría nota de las Agencias informativas, contándonos que acaba de morir el autor de «Peter Pan» y «algunas aplaudidas comedias», y añadiendo —¡oh, dato importantísimo para el conocimiento vivo de una personalidad desaparecida!— que su nombre completo era James Mathew Barrie y que había nacido en Kirriemuir, condado de Forgar, en el año 1860. Al traducir el telegrama, nuestros periodistas, claro, se encogieron de hombros, y, al leerlo el público, también. Acaso en los niños, nuestros niños, que tienen trabada amistad con «Peter Pan» desde 1925, hubiese podido hallar la noticia un eco más cordial; pero como también a los niños nos hemos obstinado en robarles la infancia —¡por si no se les hubieran robado ya bastantes cosas!—, parece que ellos, a su vez, tienen en la mente imágenes más amargas y crueles que el plácido recuerdo de este escocés amigo, creador de «El niño que no quiso crecer...»

Y aun en la misma Inglaterra, donde el selvático y principiante «Peter» se incorporó sin esfuerzo al extenso repertorio de los viejos mitos populares, y donde el inglés medio amaba tanto —hace veinte, diez años— las comedias de Barrie, como hace cuarenta o cincuenta las novelas de Dickens, el hecho no parece haber tenido resonancia mayor. No ha sucedido nada que recuerde —ni aún guardadas las debidas proporciones— aquella consternación («como después de una gran derrota», dice Zweig) que se apoderó de Londres al saber que había muerto el autor de «David Copperfield». Ningún rayo de dolor ha desgarrado el firmamento inglés. Y es que Albión está vieja y tiene otras cosas en qué pensar. Otros desgarramientos le duelen ahora más que la muerte de sus poetas. A la vejez son los achaques físicos los que más atormentan.

Yo quiero, sin embargo, creer que los niños ingleses de hoy habrán sentido, al saber que el padre de su «Peter Pan» se ha ido para siempre, algo de aquel asombro doloroso que sintieron los pequeños ingleses de anteayer al saber que el creador de su Oliverio «ya no estaba»... Y aún tal vez haya alguno que, pensando en las «feeries» navideñas, cambie tan

sólo el nombre para preguntar, como entonces: «¿Es que muerto el viejo señor Barrie ya no habrá Navidad?...»

\*\*\*

¿Quién era, qué era J. M. Barrie?... A la opinión inglesa le fue difícil ponerse de acuerdo al pesar y medir los méritos de este gran escocés. Pues mientras el público lector y espectador le dio no sólo su admiración, si no —sobre todo— su devoción cordial, la crítica de la época miró siempre un poco de través ese su fácil acceso al corazón de las multitudes, así como su natural inclinación al sentimentalismo y esa extraña tendencia —sin duda la mejor calidad de su obra— a aliar lo mediocre real con lo genial fantástico. De «sencillo abastecedor de patetismos embriagadores» se le tachó con desdén. Mas la opinión de los mejores estuvo siempre, para juzgar a Barrie más cerca del fervor de los sencillos que del desdén de los pedantes. Thomas Hardy le ha dedicado bellos versos admirativos, y Georges Bernard Shaw, ese gran desdeñoso para quien, por otra parte, no parece haber existido jamás otro autor dramático que el propio Georges Bernard Shaw, no habló nunca de Barrie sino con respetuosa devoción... Pero acaso el juicio de Stevenson sea el más claro. Dice: «There was a genius in him, but there was a journalist in his elbow». Lo que, traducido con cierta libertad, pudiera significar que en él iba un genio atado, codo con codo, a un periodista...

Un periodista. Como Dickens también. ( Y como nuestro Larra y nuestro Bécquer. Y como tantos y tantos... ¿No sería curioso averiguar alguna vez la impronta —lastre o ala— que el ejercicio del periodismo deja en los espíritus llamados a más altos destinos?... ) Por de pronto, no nos parece que para ese gran imaginativo que fue Barrie tal lastre haya sido tan de lamentar como la crítica londinense creyó un día. Fue el periodismo, sin duda, el que dio a este fantaseador —todo él alas, como los arcángeles de las tablas primitivas— pies con que tocar la tierra, y le puso en contacto con las gentes y las cosas, y le hizo observar día a día, el paisaje, la inquietud, la palpitación en [...], y puso en sus labios un diálogo fácil y en su pluma una agilidad saltarina y gozosa... Pues ¿no es este el gran secreto —el [...] secreto— de la gracia y la popularidad del autor de «El admirable Crichton» y de «Mary-Rose»? El humaniza lo fantástico y da a las hadas enamoradas de los niños y a las islas robadoras de muchachas, realidad tangible y convincente...

Redactor-jefe del «Nottingham Journal» a los veintitrés años, redactor o colaborador de la «St. James Gazette», del «Home Chimes», del «Edinburgh Evening Dispatch», del «British Weekly», del «Scots Observer», los primeros trabajos que atraen la atención del público lector hacia su delicada ironía, hacia su sátira templada por el sentimiento, son el relato de sus experiencias periodísticas, bajo el título de «When a man's single», y una serie de curiosísimos esbozos de la vida, las gentes y las cosas de su pueblo escocés, publicados

semanalmente con el título general de «A window on Thrums»: o sea, una ventana abierta sobre el pueblo de «Thrums», nombre imaginario con que disfraza a su natal Kirriemuir para que no se enfaden sus vecinos. (Mas... parece que los esbozos estaban trazados con tanto acierto e intención, que el modelo quedaba tan fielmente retratado, que los naturales de Thrums-Kirriemuir no han perdonado a su ilustre paisano todavía...) Y de pronto, partiendo de estas obras de pura observación, expresivas de lo visto y lo [...], de las gentes, y las costumbres, y los ambientes de todos los días, el salto prodigioso a las islas de encanto, a los senderos mágicos, a las alturas diáfanas de los «fairy tales»: «The Little White Bird», «Peter Pan», «Mary-Rose», «Dear Brutus», «A kiss for Cinderella»... Como un puente entre aquello y esto, la deliciosa fantasía, ¡tan humana!, de «El admirable Crichton ».

Una graciosa delicadez, un sentimentalismo templado por la ironía siempre, una sátira que la bondad suaviza, una elegancia innata para pintar, sin rigidez ni afectación, medios aristocráticos, y una inclinación natural a elevar lo humilde o lo mediocre, dan a toda la obra de Barrie, y más en particular a sus comedias, ese tono engañosamente normal y casero, al que debe el no haber sido alabado jamás de innovador... Y, sin embargo, él —como nadie, modernamente— ha llevado a las tablas lo fantástico y ha obligado a un público ahído de realismo a ras de tierra a mecerse en la dorada nube de lo irreal... A esas gentes de todos los días les ha puesto el nimbo de rosada vaguedad poética que acaso tienen y no sabemos ver, y así, la auténtica hada de su «Cinderella» es un policía del tráfico, mientras un soldado que vuelve de las trincheras y un caballero tan vulgar como mister Darling se entremezclan con naturalidad perfecta en las maravillosas aventuras de «Mary-Rose» y de «Peter Pan»... Y lo hace con tal fe, que se gana la nuestra.

¿Será verdad, como se ha dicho de este autor, que la inclinación al «realismo mediocre empaña con frecuencia la llamarada de su genio»? Yo me inclino más bien a creer que es el genio quien busca amortiguar el fulgor de esa llamarada con un velo de buen gusto... Ese mismo velo, ese mismo buen gusto con que, pudiendo haber hecho del tema de su «Admirable Crichton» una plúmbea obra de tesis o una farragosa diatriba social, prefirió hacer una burlona —y no menos aleccionadora— fantasía.

\*\*\*

Ha muerto Barrie. Y es demasiado pronto, tal vez, para juzgar su obra. ¿Quedará algo, mañana, de sus «Islas de Nunca-Jamás», de sus «Aves-Ilusión», de sus criados señores, sus damiselas frívolas y sus pobres gentes sentimentales?... Lo que no cabe dudar que quedará por siempre es el encanto de sus «fairy-tales», la gracia del tejido de sus fantasías navideñas y —sobre todo—, su creación del «Peter Pan» como símbolo de la infancia eterna, ingenua, selvática, inconstante, tierna, avasalladora y egoísta... La delicia de esas pequeñas

hadas que nacen cuando un bebé sonríe por primera vez y mueren cuando los niños dejan de creer en ellas. Y el rotundo triunfo de todos los chiquillos del mundo sobre el capitán Hook, aquel espantable pirata Garfio, arrojado al mar por Peter Pan y devorado por el cocodrilo que llevaba un reloj despertador en la barriga...

Ha muerto J. M. Barrie, forjador de mitos, tejedor de fantasías... y se ha ido cuando la realidad es más dura, más punzante la nostalgia de esas islas ilusionadas en que, según él, todos hemos estado alguna vez y de las que aunque ya no nos será dado desembarcar jamás en [sus] luminosas playas, todavía, oímos el murmurar de las olas al romper sobre la arena...